Domingo XXI Tiempo ordinario

Isaías 22,19-23; Romanos 11,33-36; Mateo 16,13-20

«Él les preguntó: - Y vosotros, ¿quién decís que soy yo? Simón Pedro tomó la palabra y dijo: - Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo»

23 Agosto 2020 P. Carlos Padilla Esteban

«No dejo de confiar porque sé que las cosas mejoran cuando yo las miro de forma diferente. No le tengo miedo a lo que viene. Sé que Dios camina a mi lado y yo, como un niño, confío»

Gran parte de mi felicidad depende de la forma como me afecta la realidad. Las cosas suceden a mi alrededor y no puedo alterarlas. Me afectan, para bien y para mal. Determinan mi estado de ánimo. Me alegran, entristecen, angustian, o entusiasman. Algunas cosas sí que dependen de mí, lo sé, de lo que hago o dejo de hacer. De lo que digo o callo. De las decisiones que tomo o de aquellas que postergo o nunca llego a tomar. En esos casos acepto las consecuencias de mis actos o decisiones. O puede que no llegue a asumir mi responsabilidad. De mí depende. Muchas otras cosas derivan de las reacciones de aquellos que me rodean y yo no puedo hacer nada por cambiarlas. Sus gritos o sus silencios pesan en mi alma. Estamos tan relacionados. Pero hay muchas cosas que suceden cerca de mí en las que yo no intervengo. Una enfermedad, una muerte, un accidente, un fracaso, un grito, una interrupción, una tormenta. La realidad está ahí, frente a mis ojos, imperturbable, no se altera. Simplemente suceden las cosas y yo no puedo cambiarlas. Ante lo que veo y me afecta yo reacciono. Puedo rebelarme, indignarme ante esa realidad. Puedo intentar cambiarla o simplemente negarla, como si no fuera real lo que está ocurriendo. También puedo mirarla con paz en el alma y decir que sí, que la acepto como es. Asumo que es parte de mi vida y no puedo cambiar las cosas. Quizás es más difícil mirar las cosas así. Tengo claro que no todo afecta a todos de la misma manera. Unos sufren más, otros no se alteran ante el mismo hecho que a mí me obsesiona y angustia. También puede suceder que pierda la sensibilidad ante lo que veo. Ya no me golpea, porque me he armado con mi coraza para que el mundo no me haga daño. Otras veces detenido ante un imponderable me altero y pierdo la paz. Brota el miedo con fuerza. Ese miedo que me hace tan infeliz. Me gustaría conservar la calma en medio de la tormenta en un mar revuelto. Quisiera mantenerme con paz ante las contrariedades. Pretendo buscar soluciones justas en medio del desastre y trato de solucionar los problemas que surgen violentando mi ánimo. Pero la verdad es que no puedo cambiar las cosas que suceden. Lo único que puedo hacer es manejar mejor la forma como me afectan. Puedo hacerlo porque soy yo quien decide. Soy yo el que dice que sí, que importa lo que está pasando. O simplemente puedo quitarle el peso a la realidad y no querer verla. Mis pensamientos son muy rápidos. Van y vienen. Algunos anidan en mi alma desde mi infancia y juventud. Se grabaron allí a fuego y parece que nada puede alterarlos. Son los pensamientos negativos los que amargan mi corazón. Pensamientos como: *«No vales tanto y nunca has valido. No haces nada realmente bien, mira tu vida llena de fracasos. No eres tan justo en tus opiniones, te dejas llevar por tus sentimientos y eres muy subjetivo. Siempre reaccionas sin controlarte, parece que hay algo desordenado en tu alma, algo que tú mismo desconoces»*. Son pensamientos que se han ido grabando porque alguien me los dijo, me los lanzó a la cara y yo me sentí herido. Puede que fuera yo el que me los dijera a mí mismo para no olvidarme nunca. Los grabé muy dentro. Son pensamientos que proceden de experiencias difíciles y se han ido acumulando dentro de mi corazón. Me hacen daño. A veces me detengo a pensar en ellos y no me hace bien. Hay también otros pensamientos que sí que me dan vida y esos quisiera conservar y poner en primer plano. Son pensamientos como: *«Dios te quiere como a su hijo predilecto. No tengas miedo de las opiniones del mundo porque no pueden hacer que seas mejor ni peor de lo que ahora eres. Eres muy valioso y tienes que creértelo, aunque no tengas a nadie cerca para recordártelo»*. Son pensamientos positivos sobre los que construyo mi vida, no quiero olvidarlos. Son

pilares sólidos que sacan lo mejor de mi alma y me hacen saberme amado. En ellos creo y sobre ellos construyo. Tengo claro que me conviene tener muy despiertos los pensamientos positivos y dejar a un lado los negativos. La realidad me afectará dependiendo de qué pensamientos dominen en mi alma. La realidad es la que es y sólo el amor puede cambiarla en algo. Sólo mi forma de mirar las cosas mejora mi entorno. Una actitud positiva me hace caminar en las alturas y surcar mares imposibles. Tengo el corazón en paz cuando entiendo que en la vida las cosas no siempre salen como yo deseo. Pero también sé que mi mirada sobre las personas y sobre la realidad lo hace todo mejor. Me siguen afectando los sucesos que sufro y contemplo. Pero no me da miedo sentir dolor, angustia, paz, o esperanza. Sólo sé que no puedo quedarme paralizado ante esos sentimientos. Acepto las cosas como son. Beso la realidad que me golpea y siento que Dios no me abandona. No niego lo que hay, lo que me turba. Acepto que no todo está en orden. No todo está superado. No estoy educado totalmente. No soy santo, ni feliz siempre. Miro a la cara el conflicto, el problema, el miedo, la duda. No dejo de confiar porque sé que las cosas mejoran cuando yo las miro de forma diferente. Y sonrío en medio de las nubes que se ciernen sobre mí. No le tengo miedo a lo que viene. **Simplemente sé que Dios camina a mi lado y yo, como un niño, confío.**

La duda y la sospecha envenenan el alma. La confianza la sana. El otro día veía la historia de un hombre condenado a muerte por un asesinato que él afirma no haber cometido. En la visita de su mujer a verle en la cárcel, le pregunta a ella si nunca ha tenido ni la más pequeña duda de su culpabilidad. Quiere saber si siempre ha creído en su inocencia. Él le dice que lo entendería si así fuera. Pero ella contesta: *«Tampoco dudo que el sol va a salir cada mañana por el Este».* Esa confianza ciega en el otro, en su verdad, me parece un milagro. El amor crece desde el conocimiento. Cuanto más conozco a alguien en su verdad más le amo. El amor es el sentimiento más puro y extraordinario que puede nacer en el corazón humano. El amor busca la verdad, se sostiene sobre la base de la sensibilidad y se asienta en una fe que no se tambalea. Cuando amo a una persona la amo en su integridad. Y surge en mi corazón un así llamado prejuicio positivo hacia él. No dudo de él, aunque otros puedan dudar y quieran hacerme cambiar a mí de opinión. A veces en el Evangelio hay frases de Jesús que me resultan difíciles, no las entiendo. Son afirmaciones que me incomodan e inquietan. Y pienso en mi interior que Jesús no pudo decir esa frase. No dudo de su verdad. Pero yo amo a Jesús en su integridad, en su vida, en su forma de vivir y de amar. Creo en la imagen de Dios que ha sido revelada en sus palabras y sobre todo en sus obras. Mi prejuicio hacia Él siempre es positivo y por eso aquellas palabras que no reflejan la forma de pensar y de vivir de Jesús, no las tome en cuenta. Yo creo en Él, en su coherencia, en su vida completa y esas palabras incómodas no me hacen dudar en mi amor hacia Él. Cuando amo a una persona la amo en toda su verdad. No creo que sea infalible, sé que tendrá pecados como yo los tengo. Dirá cosas fuera de lugar. E incluso puede que haya hecho cosas en su vida que desconozco. Pero si un día me dicen algo malo de él, me cuentan algo grave que hizo o dijo. Si lo que escucho va contra lo que yo sé de él, simplemente no dudo de su integridad. Mi prejuicio positivo es más fuerte, es un baluarte y no deja entrar la sospecha en mi ánimo. No me alejo de él, no lo juzgo sin preguntar y no dejo de amarlo en esa verdad que yo conozco. Mi amor es mucho más fuerte que lo que puedan decirme para hacerme dudar. Más incluso cuando lo que me dicen puedan ser interpretaciones, juicios u opiniones. En mi ánimo no hay espacio para la sospecha. Tampoco yo quiero vivir sembrando sospechas a mi alrededor. Veo a dos personas juntas y no interpreto ni juzgo cómo es la relación que las une. No me dejo llevar por lo que otros dicen a partir de lo que ven. Prefiero no vivir sospechando de todo. Los vínculos tienen sus riesgos. Pero no quiero que esa realidad me vuelva miedoso y desconfiado. No quiero dejar de creer en las personas incluso cuando han caído. No dejo de creer y confiar en las personas a las que amo. No dudo de sus intenciones, aunque los hechos parezcan contradecir mi certeza. Quizás lo hago por mi propia salud mental, puede ser. Pero creo que el amor hace que la duda y la sospecha no se asienten en mi corazón. Comenta Martin Scorsese sobre su película Silencio: *«Dudar puede generar una sensación de soledad, pero en conjunción con la fe, con una fe profunda e inquebrantable, las dudas pueden generar una sensación de comunión y fraternidad. Silencio es la historia de un hombre que aprende (de una forma muy dolorosa) que el amor de Dios es más misterioso de lo que se imagina, que el Señor deja en manos de los feligreses más de lo que pensamos y que siempre está presente*

incluso a través de sus silencios». Es cierto que la duda me ayuda a crecer. Dudar de mí mismo, no creerme seguro de mi capacidad, de mi voluntad, de mi corazón. Pero no quiero convertirme en alguien que duda de todo y de todos. No quiero vivir desconfiando. Sé, que cuando se ha roto la confianza y me he sentido herido por aquel en quien creía ciegamente, todo se vuelve más difícil. Volver a confiar parece un camino imposible. La duda se adentra de mi alma. ¿Me volverá a fallar de nuevo? ¿Volverá a mentirme? La duda entra lo penetra todo como un veneno y me vuelve desconfiado. Aprender a confiar de nuevo en quien ha fallado, puede llevarme toda la vida. Creer en la bondad escondida del que me ha hecho daño. Creer en la verdad de sus palabras cuando los hechos parecen desmentir lo que dice. Quiero pecar de confiado más que de desconfiado. Quiero creer en las personas incluso después de haber perdido la inocencia de la confianza primera. Tal vez esa segunda confianza en mi vida sea más profunda, más verdadera. Un amor probado es un amor más hondo y acrisolado. Es un amor que se adentra en mares profundos sin miedo. Un amor a prueba de posibles futuras traiciones. Un amor que siempre mira más alto. Es la mirada del niño que confía en su padre y no teme, aunque un dolor siga a otro dolor. Ha puesto en alguien su confianza y no la va a retirar, aunque muchos le pidan que lo haga. Así quiero ser yo. Confío y no temo. Dejo mi barca en las manos de Dios y creo en los que amo, en la verdad de su vida, en su autenticidad. Desaparece la sospecha del alma. De la duda regreso a la certeza. Del miedo a la confianza. **Sólo así el amor se vuelve más verdadero.**

No sé si puedo estar equivocado en alguno de mis pensamientos y certezas. No lo sé, pero puede ser que esté haciendo algo mal. A veces el orgullo no me permite aceptar las críticas que escucho. Creo que yo estoy bien, siempre lo he hecho así. Es como si alguien de fuera quisiera poner en duda mis principios, mi forma de pensar, mi estilo de vida, o el pilar sobre el que he construido mi existencia hasta ahora. ¿Tendrán razón los que opinan sobre mí? Ante esas dudas que vienen de fuera puedo tener actitudes distintas. Puedo simplemente pensar que están mal los que me juzgan y critican. Porque no saben, no conocen, o simplemente no me aman. Si me amaran tal vez comprenderían cómo soy, quién soy. O tal vez, si yo viera amor en sus palabras, me abriría a su punto de vista, porque surge del amor y no del desprecio o la envidia. Puedo querer cerrar la puerta para que no entre el viento del huracán, pero es imposible contener su fuerza. Me parece que el viento es más fuerte y amenaza con derribar todas mis defensas. Ante lo que sucede fuera de mí puedo defenderme levantando barricadas y escondiéndome en lo profundo de la tierra de mi alma. Escondido no pueden hacerme nada los vientos contrarios. Pasarán, estoy seguro, sólo tengo que esperar con calma. También puedo abrirme a los vientos y pensar que en medio de esa potencia del huracán Dios me puede estar revelando algún misterio. Puede que sea la hora de derribar seguros o pilares arcanos que sostenían mi existencia hasta ahora. ¿Será tan malo cambiar después de tanto tiempo? A lo mejor no es tan duro y resulta que ese cambio me salva la vida. No siempre lo que viene de fuera y pretende atentar contra mi estabilidad es malo, o es del demonio. Quizás Dios quiera que derribe resistencias y cambie puntos de vista y criterios que me han ido enfermando con el paso del tiempo. Puede ser que esa ayuda externa me salve. Surge en mi corazón una grieta que me abre a la esperanza. Duele, pero sana. ¿Qué duele más, el muro que levanto para protegerme o el puente que tiendo para salvarme? Ya no lo tengo tan claro. Hay certezas que quizás no sean tan ciertas. Y rocas firmes que tal vez se están desquebrajando. Protegerme parece ser el grito que brota en mis entrañas que buscan conservar seguros firmes. Pero no siempre esta pretensión de protegerme es lo que me salva. ¿Seré capaz de nacer de nuevo, aunque duela por dentro? Es lo que Nicodemo le preguntaba a Jesús con el miedo en el cuerpo frente al cambio que e avecinaba en su alma. Me asusta ceder, renunciar a seguros que creía inamovibles. ¿Es posible el cambio en las viejas estructuras de mi vida? ¿Es posible la renovación con esos mismos materiales de mi historia? No lo sé, pero tengo confianza. Dios puede hacerme nacer de nuevo igual que puede sacar hijos de debajo de las piedras. Conmigo lo hizo y lo puede volver a hacer. Decía R. Tagore: «*No se puede atravesar el mar simplemente mirando el agua*». Me gusta esa imagen del mar. No puedo quedarme quieto esperando en la orilla, mirando el mar y pensando en lo imposible de la empresa que sueño. No quiero tener miedo a perder seguridades. Amo tanto la tranquilidad de la playa que sostiene mis pasos en suelo firme. El cambio siempre duele. Cambiar mi forma de pensar o las imágenes

guardadas en el alma desde hace tanto, es casi un sueño. Duele, siempre duele. Hay cosas que no puedo cambiar, eso lo sé: «*Debemos recordar que estas cosas son externas y por ende no constituyen nuestra preocupación. Intentar controlar o cambiar lo que no podemos tiene como único resultado el tormento*»[1]. Lo que está fura de mí no puedo cambiarlo. Esos vientos huracanados que amenazan con tirar mi casa no están bajo mis órdenes. Eso no lo puedo cambiar. Pero yo decido si me mantengo firme contra la puerta para que nada deje de estar bajo mi control. O simplemente dejo que entren los vientos que me exponen vulnerable, desnudo, abandonado a esa fuerza brutal que intenta cambiarme por dentro. Lo que sí puedo cambiar está en mi mano. Puedo abrirme al cambio o puedo condenar las amenazas que me asedian. Puedo permanecer abierto al viento huracanado o puedo intentar construir muros para permanecer impermeable. ¿Qué es más fuerte en mí el orgullo o la humildad? ¿El amor a lo que poseo o la apertura a lo que pueda venir? Para cambiar tengo que ser muy humilde. Para ceder tengo que dejar que crezcan en mi interior nuevas plantas, nuevos cauces, nuevos criterios. No es tan fácil. Volver a nacer a mi edad me resulta impensable. Pero no quiero resistirme e impedir que las cosas sigan su curso. La vida es corta y es tiempo de cambios. Acepto que Dios puede hacerme de nuevo con sus vientos huracanados o con su brisa suave, depende de mis resistencias. Reconozco con humildad que no lo tengo todo claro, no poseo todas las respuestas. No me sé todos los caminos posibles. Acepto que puede que haya formas de pensar en mí que no son correctas, incluso pilares que estén heridos en su base. No lo tengo claro. Pero confío con una fe inquebrantable en ese Dios que me ha amado. Jesús no va a dejarme nunca porque me quiere tanto. Me ha dado un nombre nuevo y me ha llevado por caminos que no conocía. Su belleza se espeja en mi alma y me hace mejor de lo que nunca he sido. Por eso no me resisto al cambio. Quiero entregarle a Él mi vida y dejar que estos vientos incómodos y no deseables hagan su tarea. Saldrá algo bueno de este huracán, estoy seguro. **Y confío en que sus caminos serán los mejores para mi vida**.

Dios es fiel a su promesa. De esa verdad no tengo ninguna duda. Dios es fiel al amor que me ha manifestado desde que me concibió en su seno. A veces he dudado de su fidelidad, o tal vez más de la mía. En medio de dificultades, o problemas brota siempre la intranquilidad y surgen las dudas. La promesa suele ser siempre la misma. Dios me la susurró en el corazón cuando lo amé por primera vez, cuando me abrazó y me sostuvo siendo joven y yo creí en Él. Me dijo que sería feliz a su lado, que nada me faltaría, que los caminos serían fáciles y rectos bajo mis pies. Me hizo creer en mis capacidades ocultas, en los dones que Él había sembrado como tesoros bajo mi piel y que yo no veía. Me enseñó a mirar sobrecogido el amor humano que recibía a lo largo del camino. Me dijo que no tuviera miedo, que confiara, incluso cuando los vientos de la tormenta arreciaran con fuerza dentro de mi alma. Me hizo pensar que mi vida era un gran don para todos. Y yo creí en su poder, en su misericordia y lo miré agradecido. Hoy vuelvo a pensar en esa promesa que me hizo y repito sobrecogido y agradecido las palabras que escucho: «*Te doy gracias, Señor, de todo corazón; delante de los ángeles tañeré para ti, me postraré hacia tu santuario, daré gracias a tu nombre. Por tu misericordia y tu lealtad, porque tu promesa supera a tu fama; cuando te invoqué, me escuchaste, acreciste el valor en mi alma. El Señor se fija en el humilde y de lejos conoce al soberbio. Señor, tu misericordia es eterna, no abandones la obra de tus manos*». Sé que Dios ha comenzado una obra conmigo. Mi vida es obra suya, soy fruto de sus deseos. Empezó hace mucho y sigue manos a la obra. No soy una barca que navega a la deriva en medio del océano. No estoy perdido en medio del desierto en busca de un oasis para calmar mi sed. Hay rumbos que desconozco y caminos que nunca ha recorrido. Pero yo creo en sus planes de amor, en sus sueños para mi vida: «*¡Qué abismo de generosidad, de sabiduría y de conocimiento, el de Dios! ¡Qué insondables sus decisiones y qué irrastreables sus caminos!*». Dios es generoso conmigo y me ama más de lo que yo puedo amarle a cambio. En ese intercambio desigual percibo que no hay equilibrio. Él me lo da todo, el infinito y a cambio no me exige un amor imposible. Tengo claro que para Él todo es posible. Puede hacer que crezcan flores en el desierto. Puede inventarse caminos donde sólo había muros que no mostraban ninguna salida. Puede apagar incendios poderosos que amenazaban ruina. Puede levantar vientos que permitan crecer la vida donde parece esquiva. A menudo me quedo detenido y perplejo ante los fracasos que sufro. Me turbo ante los obstáculos que

[1] Epicteto, *Manual de vida*

no me dejan vivir esa felicidad de ese momento hecho a mi medida. No dan fruto mis planes realizados de acuerdo con mis sueños. Así no funciona la vida. No todo cuadra, las cosas no encajan. Quisiera estar abierto a los planes de Dios hasta el punto de hacerlos míos sin miedo a la vida. Esos planes que yo no he pensado. Decido entonces que el único camino de plenitud posible pasa por adherirme a esos planes besándolos de rodillas. Comentaba el P. Kentenich hablando de su vida: *«No es cierto que yo haya estado entre bambalinas calculando, urdiendo, tendiendo hilos. Nada de eso es cierto. Yo sólo observaba lo que Dios hacía, observaba lo que acontecía cuando abrazábamos Sus planes»*[2]. Cuando me abrazo a sus planes todo parece más sencillo. Abrazo sus deseos y los hago míos. Me arrodillo feliz ante su camino. Para Dios nada hay imposible. Aunque quizás yo lo hubiera hecho de forma diferente. Hubiera cambiado los tiempos, o elegido cosas diferentes. Pero Dios es sabio y sabe lo que más me conviene en cada momento. Sabe lo que me hará feliz a la larga. Entiende que sólo tengo que aceptar el camino como su camino y sonreír con su sonrisa en medio de mis tristezas. Para Dios nada hay imposible, aunque a veces no vea bien el sentido de mis pasos o sienta que mi barca no sigue un rumbo tan claro. Pero Él es bueno, es misericordioso y me ama más que a sí mismo. Me ama con un amor imposible. Me quiere y me hace reír cuando yo le pido imposibles, o le suplico tal o cual cosas. Y **me pide que no tenga miedo, que Él va conmigo allí donde caminan mis pasos.**

Hoy Jesús quiere saber lo que la gente y los discípulos piensan de Él: *«¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre? Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?».* La primera pregunta tiene que ver con los que conocen menos a Jesús. Han visto algunas de sus obras, han presenciado algunos de sus milagros. Pero no han conocido en profundidad a Jesús. No han sido testigos de todas sus obras. No han oído todas sus palabras, incluso aquellas dichas en forma de susurro a sus discípulos más queridos. No han vivido tan cerca de Él. Son testigos lejanos de Dios hecho hombre. Desde lejos las cosas no parecen ser tan reales. La distancia me lleva a equivocarme muy a menudo. Y ante esta pregunta me equivoco, me turbo y me confundo: *«Ellos contestaron: - Unos que Juan Bautista, otros que Elías, otros que Jeremías o uno de los profetas».* Muchas opiniones, muchas miradas posibles. Jesús para la opinión pública podía pasar por un profeta, o por el mismo Elías o por Juan bautista que había vuelto en forma de hombre. Jesús había venido a traer esperanza a un mundo sin esperanza, es lo que hacen los profetas. Había venido a cambiar realidades que era necesario cambiar, también lo hacen los profetas. Era un enviado de Dios que venía a sembrar la inquietud en el corazón humano para que no caiga en el aburguesamiento y la dejadez. Así son los profetas que buscan un cambio en la realidad cuando esta no es como debería. Dios espera mucho más del hombre, sueña con algo más para mi vida. Tiene planes para los que cuenta con mi sí, con mi disponibilidad para servir y amar. No actúa sin contar conmigo, sin valorar mi consentimiento. Y para poder pedirme que le siga necesita que yo lo conozca a Él. Es ese profeta que llega para cambiar mi mundo desde mi amor personal. Por eso a Jesús le importa *«el qué dirán».* Simplemente quiere saber lo que piensan los que lo ven actuar de lejos. Esa mirada le importa. No es definitiva, porque las opiniones que nacen de la observación desde lejos no tienen tanta fuerza, no son tan fiables. Son sólo opiniones basadas en los prejuicios positivos o negativos que la gente tiene sobre la realidad. A Jesús no le determina en su actuar lo que dicen los más lejanos. Es una opinión volátil que puede cambiar con facilidad. De un día para otro. Dependiendo de lo que veo, observo, escucho o pienso puede cambiar mi percepción. Alguien lejano al que antes admiraba puede pasar a ser alguien digno de repudio. No me afecta mucho su vida y yo opino, vierto mis pensamientos, expreso mis críticas. Son juicios rápidos a partir de palabras que escucho, de actos que veo e interpreto. Hoy dirán que Jesús es un gran profeta. Mañana querrán crucificarlo por blasfemo. La opinión de los que no conocen ni aman poco importa. La fama siempre es pasajera. Hoy soy alabado, mañana me condenan. Una opinión cambia rápidamente. Yo también lo hago, juzgo y condeno. Jesús me dice: *«No condenéis y no seréis condenados», Lc 6,37.* Pero cuesta mucho no hacerlo. La opinión que tengo sobre los demás se convierte en algo importante. Influye en otros lo que yo digo, lo que juzgo o condeno. Tanta gente hoy construye su vida sobre la opinión de los demás. Hasta el punto de que un juicio negativo, una palabra hiriente sobre su vida basta para echar a perder todo el esfuerzo y el camino recorrido.

[2] Herbert King, *Nº 3 El mundo de los vínculos personales*

Como si un solo juicio valiera para condenarme. ¿Quién soy yo realmente? ¿Importa tanto lo que opinan los que no me conocen ni me aman? En realidad, no importa mucho. Ellos no conocen toda mi verdad. No han tocado siquiera mi pecado. Y si lo conocen no entienden las circunstancias en las que se manifiesta mi debilidad. No han rastreado mi historia para comprenderme, no para justificarme. Su opinión está basada en percepciones, en interpretaciones que pueden ir cambiando. Los juicios y los prejuicios de los demás sobre mí no reemplazan mi verdad más profunda. Nada puede cambiar al que soy por dentro. Y mi opinión sobre los demás tampoco los determina. Es sólo una mirada, la mía, subjetiva. Y es bueno quitarme los prejuicios negativos que me cierran al hermano. Sacar al otro de esa casilla en la que lo he encasillado para que no sea distinto de como yo lo percibo. Esa mirada no es determinante. No quiero vivir juzgando actos y palabras. No quiero depender tampoco de los juicios de los hombres sobre mi vida, esos hombres que realmente no me aman. **No me quieren como soy y no conocen mi verdad más profunda.**

A Jesús le interesa la opinión de los suyos, de los más cercanos. Por eso se acerca a ellos y les pregunta. Y sólo Pedro responde: *«Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo»*. Sólo Pedro es capaz de poner en palabras lo que los demás piensan. ¿Cómo es posible ver a Dios oculto en la carne débil? Jesús no se ha mostrado en todo su poder. Sufre, llora, se cansa, necesita comer, beber, dormir. ¿Es posible ver en esa carne al Dios todopoderoso en el que creían? Los discípulos aman a Jesús. Han compartido con Él la vida, el pan, los sueños, los planes. Han edificado un hogar en el que compartir la vida día a día, los más cotidiano. Y han visto en Jesús a ese hijo de Dios que no manifestaba un poder infinito. Es la mirada del que ama que ve más hondo en el corazón de ese hombre. Ha mirado Pedro más allá de las sombras, de los miedos, de las dudas y ha visto la luz de ese Dios todopoderoso que los ama a cada uno de forma personal. Un Dios hecho hombre que les muestra un amor infinito en manos de carne. ¿Quién se lo ha revelado a Pedro? *«¡Dichoso tú, Simón, hijo de Jonás!, porque eso no te lo ha revelado nadie de carne y hueso, sino mi Padre que está en el cielo»*. Dios en su corazón ha puesto palabras de verdad. Luego no sabrá lo que eso significa en realidad. No entenderá a ese Dios hecho carne hasta que venga el Espíritu. Pero me impresiona su mirada hoy. ¿Quién es Jesús para mí? A esta pregunta no es fácil responder. No se trata de buscar una verdad teológica que tranquilice al que la escucha. Es el Hijo de Dios, el Salvador, eso ya lo sé. Pero ¿quién es realmente para mí? Me gusta escuchar este Evangelio y sentir a Jesús preguntándome en lo hondo de mi alma. Quiere saber quién es Él para mí. En realidad, no es tan sencillo. Necesito callarme y mirar muy dentro. Volver a ese momento en el que me encontré con Él. Ese abrazo primero, esas palabras torpes, mi sí inseguro y el silencio hondo al caer la tarde. Quiero preguntarme hoy quién es Jesús a esta altura de mi vida. Sé que de esa respuesta dependen muchas cosas en mi camino. Si realmente es importante lo sabré. Si realmente amo a Jesús y Él me ama. El amor es el que me hace conocer en su verdad a la persona amada. Por eso lo busco cada día, le dedico mi vida, paso el tiempo a su lado, sueño sus sueños y deseo imitar sus gestos al amar al hombre. Al conocer más a Jesús cada día ya puedo mirarlo sin juicios. No lo mido. Creo que en las relaciones puedo llegar a medir demasiado. Juzgo cómo me escuchan, cómo me tratan, cuánto tiempo me dedican, cómo me hablan. Voy midiendo al que dice amarme y en seguida tengo un juicio en mi pensamiento, en mis labios. Alejo de mí a los que no están a la altura. Y me apego a los que cumplen, esperando sin quererlo que algún día fallen en mis expectativas sobre ellos. Mi amor no es tan puro, ni mi mirada. Soy un experto en ver lo malo, lo que falta, lo defectuoso, lo incompleto. Esa mirada sobre la vida me empequeñece y me vuelve mezquino. Nunca estoy satisfecho porque siempre podrían hacer algo bueno por mí y no lo hacen. Mi juicio es condenatorio casi siempre. Quiero aprender de la mirada de Jesús. Me mira sin juzgarme. ¿Quién es Jesús para mí? Aquel que no me juzga cuando posa sus ojos en mi corazón. Aquel que me habla con ternura y se alegra al mirar mi verdad defectuosa. Ese amor suyo no tiene en cuenta mis caídas, mis traiciones, mis olvidos, mis descuidos, mis egoísmos. Ese amor no lleva cuentas de todo mi mal, más bien recoge con cariño ese poco bien que hago. No me justifica, porque no es necesario, simplemente me mira conmovido cada vez que vuelvo hasta Él pidiendo misericordia. Jesús para mí es ese Dios que se manifiesta en la carne. En ese amor humano que yo toco pálidamente al recorrer los caminos de mi tierra. Es el amor finito y limitado que he sentido y he entregado. En ese amor veo a Jesús vivo en medio de mis días ampliando mi horizonte,

y haciéndome desear lo imposible. Creo en ese Jesús que va en mi barca, custodiando mis miedos y deseos, mis sueños y mis sombras. Creo en esa mirada que se posa sobre mí para levantarme cada vez que caigo y experimento la fragilidad de mis días. Amo a ese Jesús que es nuevo cada mañana y amanece para levantarme por encima de mis debilidades. Creo en ese Jesús que renueva mi corazón hasta que aprenda a amar como Él me ama. Sueño con ese **Jesús profeta que viene a mi vida a llenarla de esperanza aún cuando todo a mi alrededor parezca sórdido y gris. Él me da la vida**.